

Arder o quemar

Carlos Asensio

Prólogo de Ángel Néstore



Macleín y Parker

PRIMERA EDICIÓN: abril 2019

© **DEL TEXTO:** Carlos Asensio, 2019

© **DEL PRÓLOGO:** Ángelo Néstore, 2019

© **DE LA EDICIÓN:** Macleín y Parker, 2019

Pasaje Lagunas de Ruidera, 6
41701 Dos Hermanas, Sevilla
www.macleinyparker.com

EDICIÓN Y CORRECCIÓN: Cecilia Ojeda, Antonio Abad y Rosa Montero Glz.
(Macleín y Parker)

DISEÑO COLECCIÓN Y MAQUETACIÓN: Antonio Abad (Macleín y Parker)

IMPRESIÓN: Estilo Estugraf Impresores, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*

ISBN: 978-84-120198-0-3

DEPÓSITO LEGAL: SE 602-2019

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

Prólogo

Ángelo Néstore

LA FULGURACIÓN DE LOS VERSOS QUE AÚN PALPITAN

Pienso en el libro de Carlos Asensio y en la boca me crece un volcán. Hay un dolor tan mío y a la vez tan del mundo que se enreda en una pequeña fragua interior donde Hefesto forja la espada que asomará de mi garganta, que me invita a doblar los codos y enseñar la nuca para que el poema me tome y me haga suyo. Hay algo de ritual en el sonido de este libro, el martillo que dobla el metal, un canto dulce y oscuro capaz de «[acuchillar] *al destino con un puñal oxidado y [arrojarlo] al pozo de [mis] ojos*».

Y yo me abandono, me arrimo a ese fuego antiguo como el niño que atraviesa la llama de una vela con el dedo y luego observa cómo el ardor perdura en la piel: se baña los ojos en un cuenco de lava, en secreto intuye cierto placer, aunque nunca lo revelará. Me acerco al poema con la tozudez de quien sabe señalar la llaga antes de recibir un corte: mira, donde antes había piel ahora hay carne que nombra un cuerpo y lo habita. Entonces, contemplar la herida, detenerse en el surco que dibuja en el pellejo un precipicio es un gesto hermoso, un querer rodear con orgullo la

palabra «fracaso»: *He intentado sin éxito rellenar ese hueco con todo lo que alguna vez ha sido mío*, dice Carlos. Porque en esta fiesta de fuego está invitado todo el mundo, y tú también, es una *rave party* donde quien suda cree que no hay recompensa sin dolor, el-agua-convierte-en-humo-lo-quemado. ¿Tú lo sabías? Y como en el día después de la celebración, la palabra se aleja de su significante y se vuelve eco, pero sigue rondando en el oído, se hace niebla: *El mar no es más que un invento de la memoria que desaparece cuando tú parpadeas*. Enferma el yo como quien sabe que *nació un día que Dios estuvo enfermo*, que sentenció César. Y por fin ese yo se abre, eclosiona como un huevo que la tierra engendró bajo el suelo, se rompe en mil pedazos, se convierte en la bestia que se tragó la espada de Hefesto, ¿lo recordáis? Cerbero en su éxtasis más gloriosa, hombre de mil cabezas que devora el cielo rojo y se devora a sí mismo porque *no hay linaje ni dinastía que en mí no converja*.

Y yo me dejo seducir por el rugido de sus pulmones, mientras siento como los huesos crujen y no dejan de crujir. Miro a Carlos y veo a un gigante, él es Vulcano, él es la bestia con tres cuellos: uno no es del tamaño de su estatura sino del que uno ve, insistía Pessoa. Por eso acojo sus versos con el ímpetu de quien ama el golpe, me rindo ante la dulce imagen de arder y quemar a la vez: esa extraña sensación de cerrar un libro y sentir en las manos la fulguración de los versos que aún palpitan.

¿Y ahora qué?

**Arder
o quemar**

La poesía es un incendio donde hay que arder.

ALEJANDRA PIZARNIK

VULCANO

Bien lo sé: arder,
este y no otro, es mi significado.

EUGENIO MONTALE

La fragua

No, no fue tu boca de agua la que hizo perdurar aquel momento.

Apretaste con tus sucias manos la desgarbada línea de mi garganta, sofocando todo aire y toda risa.

¡Grité *estúpido* con más de mil voces distintas!

Violines de ceniza estallaron sobre el cielo y una lluvia de plomo empapó hasta mi sonrisa de arlequín.

Pero tú. Tú no aflojabas la presión.

Mis lágrimas ¡estúpidas!

mi boca ¡estúpida!

mi sangre ¡tan estúpida!

No hay linaje ni dinastía que en mí no converja. No hay delirio ni vanguardia que no me arrastre al paraíso.

Tan solo una furia harta de arder y quemar.

Tú desgarrando la carne de mi cuello egipcio. Yo soñando con la seda de tus pestañas acariciando salvajemente mi boca.

Bocanadas ansiosas de vaho y de semillas.

Un complejo sistema para empaquetar adioses permanentes.

Yo muriendo entre tus manos manchadas de lapislázuli y pizarra. Tú repitiendo setecientas veces: «¡Hasta que nos enamoremos!» con tu característica voz de musgo del sur.

Yo acuchillando al destino con un puñal oxidado y arrojándolo al pozo de tus ojos.

El mundo es una fragua donde Vulcano golpea para sobrevivir.